

—¿En misa?—repitió Pepe, sorprendido, pero sin mostrár enfado.

—Sí, como está aquí Tirso, ¿comprendes será por no disgustarle.

—Eso debe de ser.

No añadió una palabra, más no le pasó inadvertida la novedad. La madre había ido á misa. ¿Sería realmente sólo por deferencia á su hijo, ó habría habido por parte de éste alguna instigación? Ambas cosas eran creíbles. “Si lo primero,—pensaba Pepe—nada hay en ello de particular: si lo segundo, malo será que mi hermano empiece así, poquito á poco, y acabe pretendiendo que nos hundamos la tabla del pecho á puñetazos. Sea lo que fuere, no estoy desprevenido: ello dirá.



XV

Doña Manuela era incapaz de aquilatar la importancia que tenía aquella brusca ingerencia de su hijo mayor en la vida de la casa, pero se acobardó ante la idea de que entre ambos hermanos pudieran surgir desavenencias graves que desazonaran al padre. En cuanto á poner remedio, sólo se le ocurrió impedir toda explicación entre Tirso y Pepe. Para esto era forzoso prestar asentimiento á los deseos de aquél, ir á misa, someterse á prácticas devotas y ceder á su voluntad, como antes había cedido y se había plegado á la carencia de espíritu religioso que siempre demostraron el marido y el hijo menor. Doblegóse, pues, deseosa de evitar contrariedades y su primer acto de sumisión fué ir á misa,

domingo siguiente. Al volver de la iglesia, Tirso la recibió con una cariñosísima sonrisa y ella consideró pagada su molestia; porque tal le pareció, sobre madrugar más de lo ordinario, vestirse algo mejor que de costumbre, abandonar los cuidados de la casa y pasar media hora en el templo rezando *Ave Marias* y *Padre nuestros*, que tenía casi olvidados. Algún recelo abrigó de que Pepe la hiciese burla; mas nada dijo éste que hiciese sospechar desagrado: en cambio Tirso, aunque con gesto bondadoso, la preguntó:

—¿Por qué no ha llevado vd. á Leocadia?

—¿Y quién había de hacer las cosas de la casa?

—Todo se debe dejar para después de cumplir con el Señor.

Doña Manuela había pensado en ello; pero tuvo en cuenta que era preciso levantar del lecho á Don José, disponer la comida y arreglar los cuartos: además consideró que, como Millán trabajaba durante la semana y aprovechaba los domingos para ver á Leocadia, tal vez ésta perdiese la visita del novio, si se le ocurría venir temprano. Lo grave era que, el callar Doña Manuela á su hijo el clérigo

esta última consideración, era ya prueba de excesiva docilidad.

Pepe aguardó impaciente hasta el miércoles; de aquella semana, que era día festivo, y mientras se vestía estuvo en su cuarto atento á los ruidos que escuchaba, deseoso de colegir, por el rumor de los pasos y el abrir y cerrar de puertas, si iría también á misa su madre. No le duró mucho la incertidumbre: su hermana le llamó presto para levantar á Don José; y como éste le preguntara por la madre, Leocadia dijo que había ido á la iglesia.

— Aunque me lo ocultéis— repuso Pepe— veo que aquí anda la mano de Tirso.

— No sé, pero, hazte cargo; estando él aquí, parece feo que nadie oiga misa.

— Eres lista y comprenderás mi temor. Sabes que en estas cuestiones hace entre nosotros cada uno lo que quiere. Papá y yo no creemos en ciertas cosas, y nunca hemos *practicado*, como dicen los devotos: vosotras no lo habéis hecho porque no habéis querido, pero nadie os ha obligado á ser *judías*.

— ¡Hombre, judías no somos!

— Bueno; supongamos que ahora os da por ahí, en esto no me meto. Lo triste sería que las advertencias, los consejos, acaso las

amenazas de Tirso, lograran que cayéseis en exageraciones; en cuanto á papá, y á mí, no hay quien nos haga, por ejemplo, ayunar, comer de viernes, ni cometer tonterías por el estilo.

—No creo que se meta en eso.

—Conviene precaverlo todo. Si esto ha sido cosa de Tirso y ha empezado por hacerla ir á misa, luego querra que confiese, vele al Santísimo y vaya á las Cuarenta Horas, con todo lo cual verás como anda la casa y se descuida el atender á papá.

—Ya estás creyendo que se nos ha entrado la Inquisición por la puerta.

—Milagro será que no pretenda hacernos á todos beatos.

En aquel momento sonó la campanilla y Leonadia corrió á abrir. Era Doña Manuela, que al hallarse frente á Pepe se sintió inmutada.

—¿De qué color era la casulla?—le preguntó él bromeando.—¿Y por qué te quedas así, mamá? ¡Ni que fuera yo un guardia civil!

—¿Cómo tienes esas ideas!

—No vayas á pensar que me enfado: ni tengo derecho, ni hay por qué. Pero sentiría, si anda en ello la mano de Tirso, que acabe

por sorberte el seso y te convierta en una de esas devotas que se comen los santos.

—Tanto, no; pero un poco de religión, no viene mal.

—¿Como de cuando en cuando una purga?

—Que te oiga tu hermano, y disputa al canto.

—Tienes razón: más vale que no me oiga, porque acabaríamos riñendo.

—Mira, hijo, no tengamos algún disgusto por vosotros.

—Por mí, no, mamá: puedes estar segura, con tal que él no extreme las cosas y pretenda que nos demos duchas de agua de Lourdes.

—¡Te advierto que á mí no me ha dicho nada! He ido á misa porque, estando aquí él: me parecía feo...

Esta disculpa no exigida, ni siquiera rogada, fué para Pepe un rayo de luz: ya no le cupo duda de que las idas á la iglesia eran obra del otro. Propúsose desde entonces tener mucha paciencia, observar, exagerando la prudencia, y prepararse á contrarrestar enérgicamente el influjo de su hermano cuan-

do fuese necesario. ¿Qué determinaría esta necesidad? No era fácil adivinarlo. Si los manejos de Tirso quedaban reducidos á imposición de misas y rosarios, el caso no valdría la pena de intervenir en ello: lo malo sería que lentamente, sorbida la madre por devoción, pretendiera luego variar la vida de la casa, que llevase á mal las ideas de su marido, que surgieran las exigencias, la intolerancia, el enojo por la falta de piedad y cuanto el fanatismo religioso trae consigo. Pepe sabía que la religión es, con respecto del incrédulo, lo que la seducción respecto á la mujer: el primer favor, la primera condescendencia, es prenda de vencimiento inevitable. Hasta dónde puede llegar el triunfo, nadie lo sabe, que así como la virtud, rendida por la pasión, pierde su albedrío, así el alma, avasallada por la fe, reniega de sí propio. Y como el de Doña Manuela era escaso, y Pepe, á pesar del cariño que la profesaba, no lo desconocía, si el fanatismo se enseñoreaba de su espíritu, aquel hogar, siempre tranquilo, se trocaría de pronto en una sucursal del infierno. "Es natural—pensó tratando de bucear en la intención de su hermano—con papá y conmigo no se atreve: si emprende

campaña para *moralizarnos*, procurará primero conquistarlas á ellas. Que las haga rezar cuanto quiera; por mí, hasta que chupen las cuentas del rosario, pero armar aquí peleas por defender á los curas trabucaires, malgastar dinero en novenas y desatender á papá por vestir al niño Jesús, lo que es eso, de ningún modo.

Transcurrieron unas cuantas semanas sin que la situación variase notablemente, pero sin que á Pepe le pasara inadvertido el menor detalle de lo que ocurría. Las novedades más salientes fueron poner la madre los viernes un pucherito aparte para Tirso, que no quería comer *de carne*; colocar á la cabecera de la cama de matrimonio una cruz de madera; detenerse los domingos en misa un ratito más que los primeros días, y comprar un devocionario impreso en caracteres gruesos, propios para persona á quien los años han fatigado la vista. Además, Leocadia comenzó también á ir á la iglesia y ambas dieron en repetir la oración que decía Tirso antes de las comidas.—"¿Dónde diablos habrán aprendido este rezo?" se preguntaba Pepe.

Poco le duró la duda. Una mañana buscando unas tijeras en el costurero de su her-

mana, halló en él, entre los hilos y cintas, un librito, en cuya portada se leía este título: *Ora- ciones nuevas para todos los actos de la vida, que son otros tantos escudos contra las malas tentaciones*. Lo abrió sonriendo, y vió era el más completo repertorio de peticiones y ac- ciones de gracias que imaginarse puede. Ha- bíaslas, hechas como de encargo, para antes y después de comer, para las horas del sueño y el trabajo, y hasta para torpes casos á que no sospechó Pepe pudieran estar sujetas su madre y hermana, como uno que llevaba es- te epígrafe: *Para cuando sintamos deseos las- civos*.

Después, en unas páginas á manera de prólogo, leyó entre otros párrafos, el siguiente:

“Los esfuerzos que hagan los padres por convertir á sus hijos, las tentativas de éstos para inculcar la piedad en el corazón de sus mayores, las instigaciones de los amos para despertár la devoción en el inculto natural de sus criados y las piadosas mañas de los sirvientes para someter la mente de los seño- res al temor de Dios, serán por El premiadas y bendecidas. No hay paz en la casa del im- pio ni es justo el que tolera impíos á su lado. Cuanto con mayor vínculo estemos unidos al

impío, más imperioso es el deber de convertir le, hasta humillándole, si es preciso. Mejor es quedar mal con nuestros padres de la tierra, que perder el amor del Padre que está en los cielos. Acordémonos, hermanos míos, del glo- rioso San Agustín, que decía: *Ni mi madre ni las amas que me criaron se llenaban á sí mismas los pechos de leche, sino que vos, Dios mio, érais quien se los llenaba*. Bueno es el amor á los padres, pero mejor es el temor de Dios, y no le teme quien soporta á su lado padres ateos, hijos herajes, criados blasfemos ó amigos descreídos. Con hierro ardiendo se cauteriza la mordedura del perro hidrófobo: con el divino fuego de la fe debe quemarse el miembro podrido en la familia donde lo hu- biere.”

—¡Qué brutos!—exclamó Pepe sin leer más, y dejando el librito donde estaba.

Aquella noche Pepe y Millán, terminan- do su trabajo, salieron juntos de la imprenta.

Las calles de los barrios bajos estaban solitarias y sombrías: apenas de cuando en cuando encontraban los dos amigos una pare- ja enamorada, que iba acortando el paso por prolongar el diálogo, algún sereno sentado en el escalón de un portal, ó un mancebo de

tienda de comestibles con la puerta entreabierta en espera del matute. El aire, gratamente fresco, parecía limpiar de impurezas el ambiente; y, á ratos, el rodar de un coche interrumpía el silencio, perdiéndose luego rápidamente el ruido en la distancia. Millán iba callado: Pepe, á más de silencioso, triste y pensativo, como ensimismado.

—¿Te pasa algo? Parece que te han dado cañazo— le dijo Millán.

—Estoy de muy mal humor.

—¿Por qué?

—A tí te lo puedo decir.

—¿Necesitas dinero? ¿Quieres la semana ó el mes ádelantado?

—Nó; muchas gracias, chico. En esto el dinero no puede nada.

—¿Estás de monos con la *señorita*? Temo que el noviazgo ese te va á dar mucho que sentir.

—Te equivocas: Paz está conmigo más cariñosa que nunca; parece que hay así como un recrudescimiento en su cariño, y por cierto no sé a qué atribuirlo... no me lo puedo explicar.

—Entonces, ¿qué tienes?

—Lo de mi casa.

—Tu hermano...

Sí, aquello va tomando mal aspecto.

Pepe puso á su amigo al corriente de todo, explicándole cómo Tirso había logrado que doña Manuela y Leocadia fueran á misa, que recitaran con él las oraciones á la hora de comer, la compra del devocionario y el hallazgo de librito, sin omitir el piadoso espíritu que avaloraba sus páginas, y terminó preguntando con acento irritado:

—¿Qué te parece?

—Lo primero, debes tener mucha cachaza y muy mala intención. Esos no son más que síntomas; pero tienes que atenderte con cuidado.

—Tirso me dirige la palabra lo menos que puede; no sé de qué modo se las compone; pero lo arregla de suerte que, cuando yo entro, él sale, y viceversa; me habla poco, con cortesía, y sin entrar nunca en conversación larga. Con papá hace casi lo mismo; á mamá y Leo es á quienes él quiere ser simpático.

—Lo de siempre: apoderarse de las mujeres para hacer guerra á los hombres.

—Temo que no te falte razón.

—Pues chico, mucho ánimo, y á evitar

lo que pueda sobrevenir. Estás expuesto á que se convierta la casa en un refidero de gallos.

— ¡Primero le tiro por la ventana!

— Créeme; nada de violencia. Lo que debes evitar, ante todo, es que tu padre sufra las consecuencias; y figúrate la pena que le ocasionarías disputando con Tirso.

— Entonces, ¿voy á cruzarme de brazos?

— Nó: debes reflexionar mucho lo que has; y... vaya, chico, no pensaba contarte nada; pero ya que hablamos de esto, allá va: estoy seguro de que te harás cargo de mi situación.

Calló Millán un instante, como dudando si decidirse á hablar, viendo reflejada la impaciencia en el rostro de Pepe, continuó de este modo:

— Me parece que no vuelvo á poner los pies en tu casa, al menos por ahora.

— ¿Por qué, si allí nadie te ha ofendido?

— Vamos por partes. No es nueva para tí la noticia de que yo quiero á tu hermana.

— Y que mis padres y yo nunca lo hemos llevado á mal. Nuestra situación....

— No se trata ahora de eso: sé como vivís, y no me ofenderás suponiendo que yo me ha-

ya podido fijar en si tenéis ó no tenéis. Leocadia, pudo decirlo sin vanagloriarme... yo la quiero, ¿eh? pero ella, vamos, me parece á mí que también daba señales de quererme: y digo *daba*....

— Tú me decías que si estaba yo de monos con la otra, y ahora resulta.... Esa son cosas vuestras. A tí y á ella os sé de memoria: total, cuatro dias de enfado. Ninguno de vosotros es capaz de portarse mal... y si riñís... ¿yo qué le voy á hacer?

— Escucha y ten calma. Mucho me equivoco, ó lo que me sucede está relacionado con tu hermano.

Pepe, al oír esto, se paró en medio de la acera, mirando á su amigo con la mayor curiosidad.

— Sí, con tu señor hermano. Leocadia no se muestra conmigo igual que antes, ni tan expresiva, ni tan cariñosa.... ha variado mucho, y la mudanza coincide con la llegada de Tirso, mejor dicho, con las idas de tu madre á misa. En una palabra, temo que, así como há influido en doña Manuela para que rece, trata de conseguir que tu hermana no me quiera.... Le seré antipático.... qué sé yo porqué.

—Eso á él ¿qué le importa? ¿Y por qué has de serle antipático?

—¡Pareces bobo! ¿No me ha oído hablar? ¿No sabe que pienso como tú y tu padre? ¿No viste la cara que puso el día de la discusión sobre las iluminaciones origen de las pedreas á los retratos del Papa? Me parece que siendo cura, y con su vehemencia, tiene bastante. Lo menos creará que la chica está en amores con Pedro Botero el de las calderas.

—¿Supones que ha hablado á Leo en contra tuya?

—No lo sospecho: estoy seguro, como si lo hubiese oído.

—¿Y te fundas?...

—Un libro te ha puesto de mal humor otro me ha hecho á mi comprender lo que sucede. Ya sabes que tu hermana siempre me está pidiendo libros que leer; y que yo la llevo novelas; á una mujer no le vamos á dar la colección legislativa. Pues bien; el domingo pasado, al devolverme el penúltimo tomo de *Nuestra Señora de París* y otro de *Ivanhoe*, me dijo:—“No me traigas más, Millán; ahora no puedo distraerme, tengo mucho que trabajar.”

—No es verdad: hace dos semanas que no le dan lábor.

—Por eso advertí lo que ocurría. Al poco rato, tu padre, sin saber que Leocadia se resistía á que yo la llevara lo que faltaba de *Nuestra Señora*, me dijo delante de tu hermana que no tenía trabajo, y ella se marchó del comedor en seguida. Cuando nos despedimos en el pasillo la pregunté á qué obedecía áquello y respondió con evasivas. En esto salió Tirse de su cuarto y, como quien está enterado de lo que oye tratar me dijo:—“¿A qué insistir? No ve vd. que no quiere leer indecencias?”

—¿Y qué le contestaste?

—¡A tu hermano y en tu casa! Callar y marcharme; pero, lo confieso, me dieron ganas de meterle un tomo por los hocicos. ¡Lo menos se ha figurado el hombre que llevo á la chica libros de mal género!

—¿Qué burro!

—Falta lo mejor. Era la primera vez que Leo y yo nos separábamos así, poco menos que incomodados, y me faltó tiempo para volver el lunes. ¿Te acuerdas de que fuí por

la tarde con el pretexto de las pruebas y estuve hablando con ella!

— Sigue, sigue: ¿y qué te dijo?

— Hombre, hay cosas que no se pueden explicar punto por punto. Ya comprendes tú la diferenciá que hay de una mujer cariñosá, que le rebose la satisfacción de verse querida, á estar fría, esquiva, como á quien no se le importa nada del hombre que tiene al lado.

— Pues una de dos: ó estás equivocado, y no hay nada de lo que sospechas, ó Tirso tiene la culpa; y en este caso, no cabe duda, en mi casa va á haber más guerra civil que en el Norte.

— Mucho lo temo; y respecto á lo que veníamos hablando, creo que Leo no está ya por mí.

— Vamos con tiento. ¿Tienes algún lío, algún trapicheo que sabido por ella la halla enojado?

--Nó: palabra de honor.

--Bueno; pues yo pondré las cosas en claro.

--Te advierto una cosa. No pensaba formalizar aún la cuestión por... por falta de

cuartos; pero puesto que han venido rodadas las cosas, conste que tu padre y tú podéis considerarme, si queréis, como de la casa; ¿entiendes?— Y tendió á Pepe la mano, que él estrechó cariñosamente. — Ya lo sabéis, como acostumbran los títulos: os pido la mano...

— Yo te prometo que saldremos de dudas.

— ¿Qué vas hácer?

— Poco he de poder, ó despejo la situación.

En la primer conversación que tenga con Tirso, le quito la careta. ¡Veremos quién lleva el gato al agua!

En seguida ávivaron el paso, esperándose al llegar cerca de la calle de Botoneras, donde se despidieron, quedando Millán algo esperanzado con la intervención ofrecida. Pepe entró á su casa de puntillas, abrió despacito, por no despertar á los que dormían, encendió la vela que á prevención dejaba Leocadia en una palomilla del pasillo, se entró á su cuarto y se acostó, pensando en los sucesos é ideas que le interesaban, en aquel recelo que le inspiraba su hermano, en el cariño que tenía á sus padres y en las complicaciones que temía.

Luégo, serenándose su animo, se acordó de

Paz y del recrudescimiento que imaginó notar en su amor. ¿Cuál sería la causa? ¿Por qué la niña criada en el regalo, lejos de convencer de que *aquello* era una locura, daba á sus promesas más firmeza y mayor expresión de simpatía á sus miradas?



XVI

Viendo Tirso que la madre atendía sus exhortaciones, no solamente insistió en ellas, sino que trató de conquistar el ánimo de Leocadia, siéndole necesario para ello aguzar la astucia, pues la diferencia de caracteres entre Doña Manuela y su hija pedía táctica diversa. La primera cedió por bondad y mansedumbre: en ella era hábito plegarse á la voluntad ajena. Cuando joven, obedeció á su marido; erigido después Pepe en jefe de la familia por la fuerza de las circunstancias, se acostumbró á mirarle como á tal, y en las menudencias caseras seguía el parecer de su hija, mostrando en todo ser nacida para obedecer. Las condiciones de Leocadia eran distintas: tenía genio voluntarioso y, aunque sin faltárles al respeto, respondía á sus padres